SERMÓN DE LOS ATAÚDES

De común se escucha la queja "*¡Qué poco he vivido!*". Pero ahora, con Cristo en mente, trato de la olvidada virtud de haber muerto mucho, de haber tenido muchos funerales, para decir alarmado y al contrario, "*¡Qué poco he muerto!*".

Qué poco he muerto. Dicen los de la ciencia del siglo, que imito a Rafael, tan entrenado en la escuela de la funeraria, haciendo de penitencia goce artístico. Por la insensatez de la dicha, fueron estos ataúdes concebidos, como remedio a tan funesto sentir. Preso de él, ahora dibujo féretros y escribo doctrina, para que otros escarmienten en mí de tan insolente paz.

¡Levantad los brazos y las piernas, bailad,
coronaos de rosas y aprended a reír, a reír![1]

Por ser contrahecho en cuerpo, no pude ser bailarín, ni batir mis brazos ni elevar mis piernas. Con tanto crédito a mi favor, no fui sensato y quise bailar y reír, habiendo sido tanta deformidad beneficio de Dios no visto. Ser tan grávido no fue ocasión para la enmienda, antes para condena. De danzar, como San Vito debí de haber danzado.[2]

[1] De costumbre cita el autor de memoria. Desconocido es el origen de esta cita (N. del E.)
[2] San Vito. Mártir cristiano del siglo III a. D., que al ser arrojado a una tina de aceite hirviendo, "bailaba de dolores".

Qué poco he muerto. No pudo haber tenido tanto entendimiento Sócrates al decir que filosofar es aprender a morir sin que le heredara de Las Sagradas Escrituras; que tuvo comercio con el Predicador del Eclesiastés para tanta lucidez:

> El corazón de los sabios está en la casa de luto; mas el corazón de los insensatos, en la casa que hay alegría.[3]

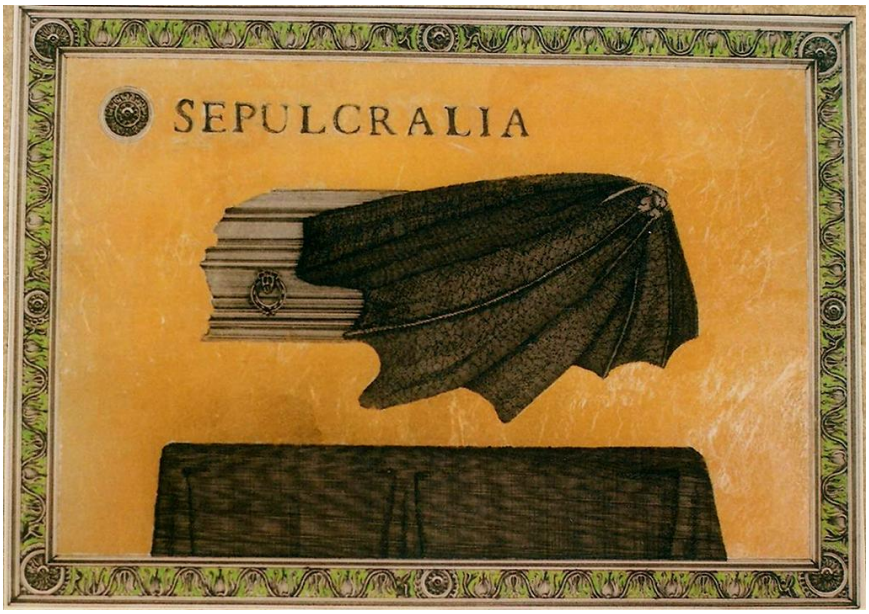
Vamos muy en seguro diciendo que su discípulo Platón tuvo que entrenarse en el Hebreo, que sin esta Lengua Sagrada mal podía sacar tanta sabiduría:

> Los que filosofan rectamente, están al máximo empeñados en liberar al alma del cuerpo. Es inadmisible que, en llegándoles la muerte, se irriten.[4]

En descrédito tengo las palabras que denuestan a Sócrates, que bebió la cicuta que yo no.

---

[3] Ec. 7: 4.
[4] Platón. *Fedón.*



Qué poco he muerto. Con apresurada torpeza me deshice de los funerales. Bruto, no honré a mis difuntos. Cuando se me dijo en La Imitación que meditara en la muerte, cubrí ataúdes con el manto de los necios, para no verlos:

> Cuando veas a alguien morir, piensa que tú irás por el mismo trance.[5]

Calumnié el más allá en nombre de un más acá de mentira, maldad y fealdad. La Verdad, el Bien y la Belleza hay que morir para verlos.

[5] Tomás de Kempis. *La Imitación de Cristo.*

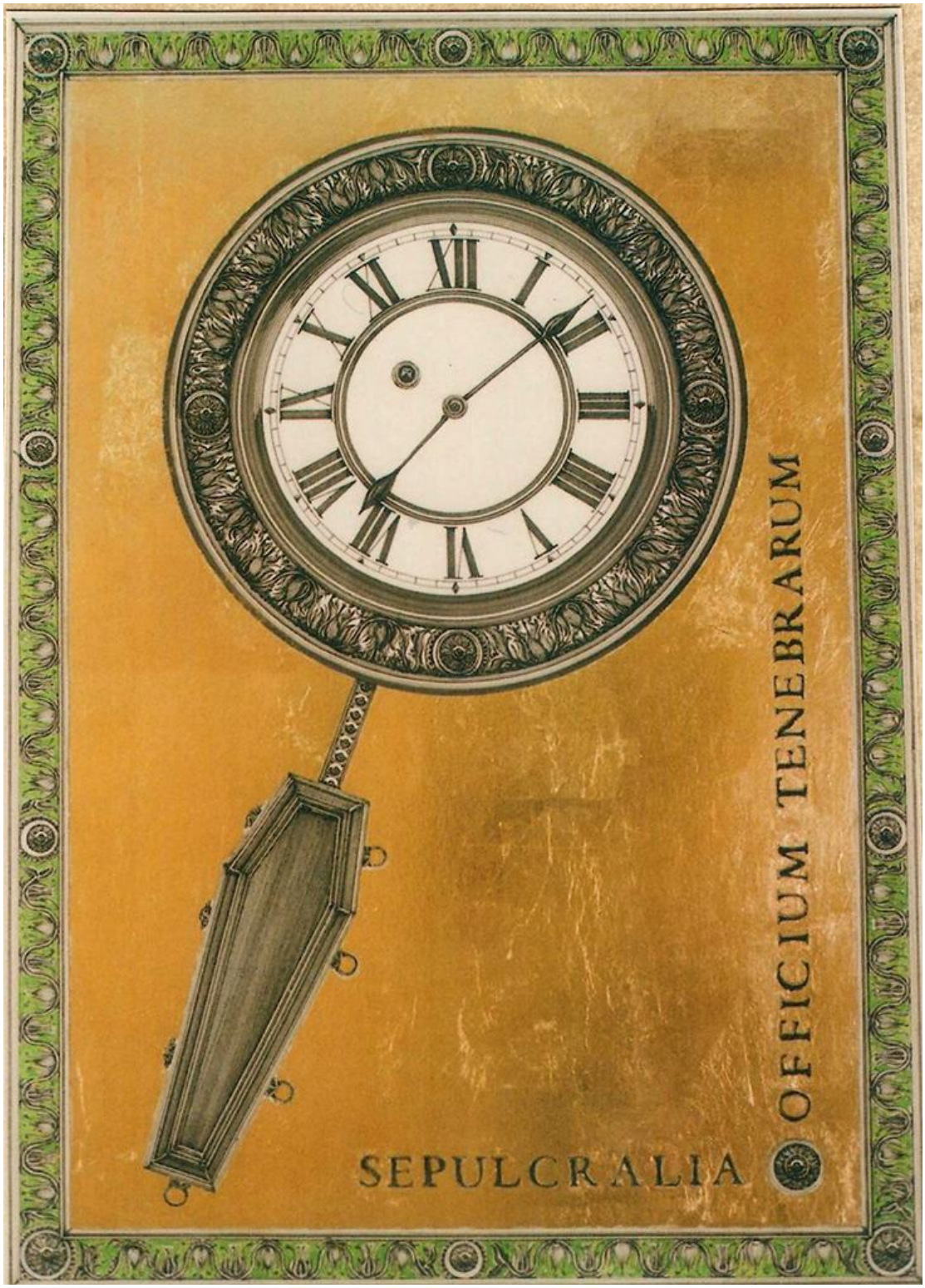
Qué poco he muerto. De común se preguntan las gentes: ¿Habrá vida después de la muerte? Con nuestro Señor Jesucristo, se pregunta: ¿Habrá muerte antes de la vida? La falta de entendimiento de Nicodemo todos la pagamos; heredamos de él esto como el pecado de Adán; por él, no vemos el parentesco entre la cuna y la sepultura, que es ésta última cuna para Vida Eterna y la primera para inmundicia de muerte sin remedio; no sentimos el fastidio de la vida, y navegaremos hasta dar en el fatídico bajío de la muerte. Lo Cristiano es un vivir muriendo.

Qué poco he muerto. Busqué refrigerio a sabiendas que la vida de Cristo estuvo sembrada de cruces; no tuve la Santa Fatiga de estar en el mundo, antes me convertí a él:

> Cuán cansado debía ya estar Cristo de vivir. ¿Qué fue su vida sino una continua muerte? Él quiere que queramos lo eterno, acá nos inclinamos a lo que se acaba; quiere queramos cosas grandes y subidas, acá queremos bajas y de tierra; querría quisiésemos sólo lo seguro, acá amamos lo dudoso.[6]

Ahora, como un abortivo, me arrepiento en polvo y cenizas.

[6] Santa Teresa de Jesús. *Camino de Perfección*.



Reloj a féretro.